

Rev. C. Harinck
Lectura: Levítico 17

Salterios:

Primer: 114:1,6,7,10

Segundo: 241:1,4,5

Tercer: 389:1-4

Cuarto: 187:3,4

Último: 216:3,4

Introducción.

Congregación, en la porción de las Escrituras que hemos leído juntos, el Señor quiere grabar en el corazón de Israel que el alma, es decir la vida, de un animal se encuentra en su sangre. La implicación es que el derramamiento de sangre es el derramamiento de vida. Dios criaba a los israelitas con este principio. Cuando se derramaba la sangre de un animal sacrificial, los judíos entendían que la vida de tal animal se derramaba.

Así, cuando se derramó la sangre de Cristo, Su vida se derramó también. Nos enseña que Cristo adquirió a Su iglesia al derramar Su propia sangre, es decir, al derramar y poner Su vida por ellos.

Romanos 3, versículos 25 y 26, hablan de esto, y este es nuestro texto para hoy.

Texto: Romanos 3:25-26¹

“a quien Dios ha puesto como propiciación por la fe en su sangre, para demostrar su justicia, a causa de haber pasado por alto los pecados pasados, en la paciencia de Dios, para demostrar su justicia en este tiempo, a fin de que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús.”

Tema: La Presentación de Cristo²

1. Cristo es presentado como propiciación
2. Cristo es presentado para la justificación

Primer pensamiento. Cristo es presentado como propiciación.

¹ Las citas bíblicas en este sermón son tomadas de la revisión de la Biblia *Reina Valera – SBT* de la Sociedad Bíblica Trinitaria. Puede leer esta versión de la Biblia aquí: <https://www.reinavalera.online> o encontrar más información acerca de esta revisión en el sitio web de la sociedad aquí: <https://sociedadbiblicatrinitaria.org/revision-reina-valera-1909/>.

² Este es el cuarto sermón de una serie de cinco sermones basados en Romanos 3.

El apóstol Pablo continúa su argumento acerca de la doctrina de la justificación de los pecadores por la muerte de Cristo. Él dice acerca de Jesús: *“a quien Dios ha puesto como propiciación por la fe en su sangre”* (Romanos 3:25).

“A quien”, esto es Cristo. El apóstol se refiere aquí a todo lo que ya había explicado acerca de Cristo. Él había argumentado que Cristo llevó a cabo la redención. El esclavo del pecado fue redimido por Cristo.

Ahora el apóstol dice que Cristo fue *“puesto como propiciación por la fe en su sangre”*. Ser *“puesto”* quiere decir ser exhibido. No relegado a un rincón oscuro ni oculto del pueblo. No, ¡Jesús es *“puesto”* para redención, puesto en primer plano, exhibido a todos!

Esto ocurrió en la cruz de Gólgota. Pero, en particular, esto es lo que ocurre cuando se predica el evangelio. Desde el Día de Pentecostés, Cristo está siendo exhibido como el Salvador del mundo. La predicación es una presentación pública de Cristo como el Salvador y Redentor.

Una predicación que relega a Cristo a un rincón oscuro y que no lo presenta ante los ojos de los oyentes no es la predicación bíblica. En la verdadera predicación, Cristo es puesto ante nuestros ojos. En su carta a los gálatas, Pablo dice: *“ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado como crucificado entre vosotros”* (Gálatas 3:1).

Dios presentó ante el mundo el camino de la expiación a través de la sangre de Jesús. No ocultó la liberación llevada a cabo por Cristo, sino que lo presentó ante los ojos del mundo.

¿Cómo presentó Dios a Cristo públicamente al mundo? Leemos: *“A quien Dios ha puesto como propiciación por la fe en su sangre”*. Cristo fue revelado como un camino de propiciación, o expiación, con Dios. Pero no solo eso. Él es puesto como *“propiciación por la fe en su sangre”*. Esta propiciación se basa en el derramamiento de la sangre de Jesús.

En las Escrituras, la propiciación siempre tiene que ver con la sangre. Se puede decir que el servicio entero del Antiguo Testamento se resume en esta declaración de Hebreos 9:22: *“sin derramamiento de sangre no se hace remisión”*. La sangre del animal sacrificial calmaba la ira de Dios y adquiría Su favor.

Cuando investigamos la definición de “propiciación” o “expiación” en el libro de Levítico, encontramos que comprende cuatro aspectos importantes. En primer lugar, un pecado ha sido cometido y la ley de Dios ha sido transgredida. En segundo lugar, esta transgresión ha ofendido a Dios y lo ha provocado a la ira. En tercer lugar, el pecador se ha vuelto culpable por esta transgresión y ahora se encuentra en un estado de culpa ante Su Creador. Y, finalmente, el cuarto elemento es la ofrenda vicaria que trae la reconciliación entre Dios y el pecador culpable.

Esta ofrenda reconcilia en cada aspecto. Esta ofrenda cubre la transgresión, satisface la deuda, calma la ira de Dios y trae paz entre Dios y el transgresor. Este sacrificio trae la plena reconciliación con Dios. Agrada a Dios. Este sacrificio también hace que el transgresor sea considerado justo. Cubre sus transgresiones y quita su pecado.

Este camino de expiación, enseñado a nosotros en Levítico, incluye elementos que el Espíritu Santo enseña en la verdadera conversión. La preocupación de un alma bajo la convicción es, en primer lugar, el hecho de que ha cometido pecado. Yo *“he pecado contra el cielo y ante ti”*, como confesó el hijo pródigo en Lucas 15:18. Esa es la confesión de todos aquellos que son convencidos por el Espíritu Santo de sus pecados e iniquidades. “Yo he cometido pecado. Yo he transgredido la ley de Dios”.

El pecador entonces experimentará lo que Dios diseñó que el adorador del Antiguo Testamento sintiera: que la ira de Dios está sobre él. La gran pregunta entonces se convierte en: “¿cómo puedo reconciliarme con Dios?” La respuesta, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, es: “a través del sacrificio expiatorio”. Un cordero inocente fue presentado al culpable israelita como el camino a la expiación.

También en el evangelio, Cristo es *“puesto como propiciación por la fe en su sangre”*. El evangelio es buenas nuevas, porque en él Cristo es presentado como una propiciación por la fe en Su sangre. Tal como Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto para que todos la vieran, ¡así Cristo es presentado en la predicación como *Propiciación!*

A lo que se refiere es “el propiciatorio”. El propiciatorio, sobre el cual se rocía la sangre de los sacrificios, cubría la ley que había sido transgredida. Las dos tablas de piedra se guardaban bajo el propiciatorio.³ Así, Cristo es presentado en la predicación como el propiciatorio que cubre la ley que maldice y la transgresión del pecador.

“Como propiciación por la fe en su sangre”, dice el apóstol. La propiciación se ha llevado a cabo por la sangre de Jesús. El apóstol resume Su sufrimiento y muerte como “el derramamiento de su sangre”. Por derramar Su sangre, es decir, por ofrecer Su vida, Cristo ha reconciliado a un Dios airado con un pecador culpable.

Esta propiciación se convierte en nuestra porción *“por la fe en su sangre”*. No nos convertimos en participantes de esta propiciación por las obras, méritos o por hacernos dignos de la liberación, sino por la fe en el poder de la sangre de Jesús como la sangre que cubre la transgresión y satisface a un Dios airado.

³ Véase Éxodo 25:21 y 1 Reyes 8:9.

La fe en Su sangre es nada más que reposar en la sangre de Jesús contra todas las acusaciones de la ley. No es un asunto de obras ni de mérito. Más que todo, es despojarse de toda justicia propia, llevando nada a Cristo sino su miseria, culpa y condenación.

Fe es confiar en la sangre de Cristo. A pesar de que estamos completamente manchados de pecados, culpables ante Dios y condenados por la ley, aun así, reposamos en la sangre de Cristo como la respuesta a todas las acusaciones de la ley y la conciencia.

Por eso la verdadera fe vive por palabras como “pero”, “sin embargo” y “más”. La verdadera fe dice: “Sí, yo soy culpable, y según la justicia de Dios merezco una porción doble del castigo de Dios. Mi conciencia me acusa, el diablo me atormenta diciendo que no hay esperanza para mí; sin embargo... yo veo un propiciatorio y veo la sangre de Cristo rociada sobre él”. Viendo esto, la fe dice: “Sin embargo, aún esperaré en Él y me confiaré a Cristo”. De esta manera, un alma toma refugio en la preciosa sangre de Cristo, que habla mejor que la de Abel y suplica a Dios por perdón para un culpable. La fe causa que se conviertan en realidad las palabras del apóstol Pablo: *“a quien Dios ha puesto como propiciación por la fe en su sangre”* (Romanos 3:25).

Esta es, entonces, la manera de redención de Dios. Dios dio a Su Hijo como propiciación, para un propiciatorio, ¡para nuestros pecados! ¡Qué maravilla! Esto evoca admiración cuando así llegamos a conocer a Cristo, cuando se nos da contemplar el propiciatorio sobre el cual la sangre expiatoria ha sido rociada y bajo el cual la ley y el pecado son enterrados. Este es el núcleo del mensaje entero del Evangelio.

La presentación de Cristo como propiciación por la fe en Su sangre es la esperanza y consolación de un pecador cargado de culpa que tiene que reconocer: *“Mis pecados confieso, culpa yo siempre siento”* (Salterio 140:2). Conocer al Señor Jesús como una propiciación para el pecado es un conocimiento que salva al alma. ¡Este conocimiento llenará el corazón de asombro, gozo y paz!

El conocido predicador Philpot intentó ilustrar cuán grande e importante es esto. Lo comparó con alcanzar el Cabo de Buena Esperanza (África).⁴ En tiempos antiguos, cuando los marineros surcaban los océanos, llamaban al punto más austral de África el “Cabo de Buena Esperanza”. Una vez que habían pasado ese punto, ya no había peligro de perecer en las tormentas de la Bahía de Bizkaia. Los marineros exhalaban un suspiro de alivio al rodear el Cabo de Buena Esperanza, pasando del tempestuoso océano Atlántico al tranquilo océano Pacífico Sur. Philpot compara el conocimiento del Salvador usando este ejemplo.

La revelación de Cristo al alma es el gran punto de inflexión en la vida de un alma bajo la convicción. ¡Antes estaba en el océano Atlántico con sus grandes tormentas y sus rompientes

⁴ J.C. Philpot (1802-1869).

salvajes, atormentado por convicciones de pecado, condenación y juicio! ¡Antes era la angustia y la lucha del alma, el sentimiento de la ira de Dios y el temblor ante la ley que maldice! Pero ahora el pecador ha llegado a conocer a Jesús. ¡Es como si hubiera alcanzado el Cabo de Buena Esperanza! Es como si las tormentas estuvieran tras él y ahora navegara en un mar tranquilo. Es muy importante el conocimiento de Jesús por la fe; forma un punto de inflexión en la vida del creyente. El apóstol entonces nos enseña: *“para demostrar su justicia, a causa de haber pasado por alto los pecados pasados, en la paciencia de Dios”* (Romanos 3:25b-26a).

Deseamos considerar esto en nuestro segundo pensamiento, cuando vemos que Cristo es presentado para la justificación.

Nuestro segundo pensamiento. Cristo es presentado para la justificación.

Dios no solamente presentó a Cristo como una ofrenda de propiciación por el pecado, sino también como una declaración de Su justicia. El apóstol utiliza el verbo *“demostrar”* o *“exhibir”*. Tal como en el original, quiere decir que Dios llama la atención de todos y lo hace claro para todos. ¿Qué, entonces, quiere el Señor hacer claro para todos? Leemos: *“para demostrar su justicia, a causa de haber pasado por alto los pecados pasados”*.

Al principio suena un poco extraño. Esperaríamos que el texto dijera que Dios ha presentado a Cristo como declaración de Su amor, gracia y misericordia, y para que todo el mundo conociera, por la cruz de Gólgota, la grandeza de Su misericordia y amor. Pero el apóstol no lo dice. Él dice: *“para demostrar su justicia”*. Dios ha demostrado en Cristo que Él es justo, que Él castiga el pecado y que siempre actúa acorde a las reglas de Su justicia.

El sudor de Jesús en el Huerto de Getsemaní, Su estar colgado en la maldita cruz y Su exclamación: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”*, nos enseñan que Dios es justo. Sí, tan justo, dice la Liturgia para la Celebración de la Santa Cena, que *“lejos de dejar (el pecado) impune, lo cargó en su amado Hijo Jesucristo cuando sufrió la amarga y afrentosa muerte en la cruz”*.⁵

En ningún lugar vemos tan claramente que Dios es justo como en Gólgota. El diluvio de Noé fue una terrible manifestación de la justicia de Dios. La destrucción de Sodoma y de Gomorra también demostró que Dios odia el pecado y lo castiga. Pero en la muerte de Cristo, se hace abundantemente claro que nuestro Dios es un Dios justo que odia el pecado y lo castiga.

Fue así como la justicia de Dios fue demostrada en Cristo. Él revela Su justicia en el sufrimiento y la muerte de Cristo. Sin embargo, no es una presentación de la justicia de Dios para la destrucción del pecador, sino que es presentada en Cristo para el perdón de los pecados. El

⁵ El Salterio: Liturgia para la Celebración de la Santa Cena (Asociación Misión Reformada de Bolivia, página 454).

apóstol dice: *“para demostrar Su justicia, a causa de haber pasado por alto los pecados pasados”* (Romanos 3:25). Junto con lo que sigue, el apóstol básicamente dice que Dios es justo en perdonar el pecado. Ahora que Cristo ha llevado el castigo del pecado y Dios ha sido reconciliado, Dios puede perdonar el pecado. Después de todo, Su justicia ha sido satisfecha a través del sacrificio de Cristo.

Ahora, uno podría objetar a esta doctrina de la expiación y decir: *“¿Cómo, entonces, podían los creyentes del Antiguo Testamento entrar al cielo, dado que en esos días el pecado aún no había sido expiado? ¿Cómo podía Dios aceptarlos en el cielo sin comprometer Su justicia?”* El apóstol aborda este problema en la última parte del versículo 25 y la primera parte del versículo 26 cuando dice: *“a causa de haber pasado por alto los pecados pasados, en la paciencia de Dios”*.

Suena algo difícil. Pero, aun así, examinemos el argumento de Pablo con un poco más de detalle. Él ha explicado que el perdón del pecado no puede tener lugar sin satisfacer la justicia de Dios. Ahora, eso sucedió en Gólgota. ¿Cómo, entonces, puede el justo Dios permitir que los creyentes del Antiguo Testamento entren al cielo? Parece haber un problema aquí, pero el apóstol da respuesta. Él dice que el perdón del pecado también se aplica a aquellos pecados que caen bajo la categoría de *“los pecados pasados”*. Pablo explica que Dios pasó por alto esos pecados temporalmente, actuando como si no existieran.

Cristo aún no había muerto en la cruz. El pecado aún no había sido expiado por Cristo. Y, sin embargo, Dios no solamente actuaba con paciencia con los creyentes del Antiguo Testamento, sino que pasó por alto sus pecados. Él actuaba como si no hubieran pecado y los recibió en el cielo. Ellos entraron al cielo a base de la satisfacción que el Hijo de Dios había prometido establecer.

En realidad, Pablo argumenta que el poder de la expiación aplicado por Cristo no solo se extiende hacia adelante en el tiempo a nosotros que vivimos tantos años después de Gólgota, sino que Sus méritos también alcanzan hacia atrás en el tiempo a todos los verdaderos creyentes del Antiguo Testamento.

La frase *“los pecados pasados, en la paciencia de Dios”* en realidad quiere enfatizar el poder abarcador del sacrificio del Señor Jesucristo. Alcanza hacia atrás a todos los creyentes del Antiguo Testamento y se extiende hacia adelante hasta el Día de la Segunda Venida.

Pablo continúa su argumento en el resto del versículo 26: *“para demostrar su justicia en este tiempo, a fin de que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús”*. Este texto nos lleva al corazón de la doctrina de la expiación. Dos imposibilidades se unifican aquí: la justicia de Dios y la justificación de los que creen en Cristo.

Según Su justicia, Dios tiene que odiar y castigar el pecado. ¿Cómo, entonces, puede Él justificar al pecador, es decir, absolverlo y declararlo inocente? La pregunta es: “¿Cómo puede un Dios justo declarar justo a un pecador?” Si Dios es y sigue siendo justo –y no podemos esperar que comprometa Su justicia, después de todo, *“no puede negarse a sí mismo”* (2 Timoteo 2:13)– entonces Dios solo puede hacer una cosa, que es condenar al ofensor. Diríamos que la justicia de Dios impide el perdón.

Y así es también como el pecador convencido lo experimenta. El pensamiento de que Dios, quien es justo, odia el pecado y debe castigarlo, a menudo le roba toda esperanza. Después de todo, en la verdadera conversión comenzamos a creer lo que la mayoría de la gente no cree, a saber, que Dios es justo. El problema es que se ha abandonado la consideración de la justicia de Dios como un atributo de Él. La opinión popular acerca de Dios es que Él es solamente amor, lleno de comprensión, y que hará la vista gorda a nuestra impiedad y nos recibirá a todos en el cielo.

Si fuera así, ¿por qué entonces tuvo Cristo que sufrir y morir? ¿Cuál era el propósito entonces de Su muerte en la cruz? Seguramente en ese caso no habría sido necesario que Jesús sudara sangre en el Huerto de Getsemaní y que entregara Su vida en el árbol maldito. Así, el sufrimiento y la muerte de Jesús pierden todo sentido y significado. A lo mejor, la muerte de Cristo sería solo un ejemplo de cómo las personas deberían estar preparadas para morir por sus ideales. Su muerte se convierte en una terrible tragedia y coincidencia. Sin un entendimiento apropiado de la justicia de Dios, a saber, que Él odia el pecado y debe castigarlo, no podemos comprender el evangelio.

¡Nuestro mundo urgentemente necesita saber otra vez que Dios no es solamente misericordioso, sino también justo y que Su justicia debe ser satisfecha! Pero este conocimiento de la justicia de Dios es muy necesario en la iglesia también. Solamente cuando lo hemos aprendido valoraremos el evangelio, del que la Confesión Belga dice: “Así, pues, ha demostrado Dios Su justicia contra Su Hijo cuando cargó sobre Él nuestros pecados; y ha derramado Su bondad y misericordia sobre nosotros, que éramos culpables y dignos de condenación” (Artículo 20).

En realidad, no creemos en la justicia de Dios. Nos aseguramos con el pensamiento de que al final todo no será tan malo. Al final, todo saldrá bien para todos. Después de todo, Dios es misericordioso y yo siempre he hecho mi mejor esfuerzo para vivir apropiadamente. Siempre he asistido a la iglesia y he dicho mis oraciones. Las cosas saldrán bien al final.

Pero, ¿sabía que esto es precisamente el obstáculo para creer en el evangelio? ¡Si tan solo no creyera que todo estará bien al final! ¡Si tan solo no se consolara con la idea de que Dios será misericordioso con usted, después de todo! ¡Si tan solo creyera lo que creen los hijos de Dios, el hecho de que temen que no todo saldrá bien al final y que será algo terrible caer en las manos

del Dios vivo! ¡Si tan solo creyera que no hay vida fuera de Jesús, sino solo condenación eterna! ¡Esto le llevaría a la fe en el Cristo crucificado!

Cuando el Señor obra la conversión, nos damos cuenta de que debemos enfrentar la justicia de Dios. Se convierte en la pregunta más importante para nuestro corazón: “Oh, alma mía, ¿cómo aparecerás justa ante Dios?” La justicia de Dios se convierte en un gran problema. Un problema insuperable. Un problema que nos hace llorar: “¡Si Dios es justo y permanece justo, entonces no puede hacer nada más que castigarme eternamente por mis muchos pecados!”

Por eso, La Epístola a los Romanos es tan importante. Porque ¿qué nos muestra este libro? Allí, Pablo nos muestra que Dios no necesita comprometer Su justicia para poder perdonar. Dios puede y de hecho permanecerá lo que es: eternamente justo. ¡Y, sin embargo, puede perdonar también! Y lo puede hacer a base de justicia. ¿Por qué? Porque el Hijo de Dios ha satisfecho la justicia de Dios en la naturaleza humana. Es por eso que Cristo es presentado en el evangelio *“para demostrar su justicia en este tiempo”* para el perdón de los pecados.

El apóstol añade: *“en este tiempo”*. Ahora, después de Viernes Santo, Pascua y Pentecostés, Dios ha revelado esto más claramente que nunca. Ahora se ha vuelto claro que puede permanecer justo en Cristo y puede justificar al pecador culpable.

Este, entonces, es el mensaje de Pablo, en resumen. Dios permanece justo y aún le es posible perdonar. Él continúa odiando el pecado y, sin embargo, tiene gracia para el pecador. Él castiga el pecado y perdona al pecador. Todo esto porque Su justicia se ha satisfecho en Cristo. Porque sangre ha sido derramada, una vida santa y sin pecado ha sido entregada, un Cordero ha sido sacrificado. Porque hay un propiciatorio sobre el cual se ha rociado la sangre expiatoria.

Ese es el gran misterio del Evangelio. Es un misterio que aún los ángeles desean contemplar. Los dos querubines en el Arca del Pacto miraban con sus rostros hacia abajo. Ellos miraban el propiciatorio sobre el cual se rocía la sangre de la ofrenda por el pecado y contemplaban cómo fue posible que el Dios justo, quien odia y castiga el pecado, pudiera morar con un pueblo tan culpable. Fue solamente en base a la sangre rociada sobre el propiciatorio. Así, Dios ya había revelado el misterio en el Antiguo Testamento, pero en el Nuevo Testamento este misterio es predicado con toda claridad.

Aquí, Pablo nos enseña que Dios es y permanece justo mientras también perdona. Cuando Dios perdona, Él no compromete Su justicia. No, Dios es justo en perdonar y actúa según la regla de la ley. Su perdón se basa en la satisfacción: el sufrimiento y muerte reconciliadores de Cristo. Este es el punto que el apóstol quiere clarificar.

Congregación, ¡cuán asombroso y cuán lleno de sabiduría es este plan de salvación! Dios ha encontrado una manera en Cristo para mantener Su justicia y perdonar al pecador culpable.

El apóstol dice de esto en Romanos 5:21: *“para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro”*. La gracia de Dios no reina a expensas de Su justicia, sino para la vindicación de Su justicia.

Leemos más adelante en nuestro texto: *“a fin de que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús”* (Romanos 3:26). Dios mantiene Su justicia y puede justificar al pecador que es *“de la fe de Jesús”*.

Con estas palabras, el apóstol describe a la persona que comparte de esta salvación. Es la persona que *“es de la fe de Jesús”*. El apóstol elige sus palabras con cuidado. Él elige las palabras *“de la fe”* y *“de Jesús”* para dejar claro quiénes son estas personas que Dios ha justificado, es decir, absuelto. Esta justificación es *“de la fe”* o *“por la fe”*. El apóstol dice esto para mostrar que Dios no justifica al hombre por las obras. Él habla de *“la fe de Jesús”* para mostrarnos qué tipo de fe nos justifica ante Dios, a saber, una fe que se aferra a Cristo.

Usualmente, el apóstol habla en sus cartas acerca de la fe *en* Jesús. Sin embargo, aquí él escribe acerca de la fe *de* Jesús. En la carta a los filipenses, él también habla de la fe *de* Jesús. Allí, él escribe: *“y ser hallado en él, no teniendo mi justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo”* (Filipenses 3:9). Él utiliza la expresión *“la fe de Cristo”* en conexión con la justicia que se puede obtener a través de la fe en Jesús, en contraste con la justicia que se puede obtener por las obras de la ley.

Él tiene la misma intención aquí cuando utiliza la expresión *“la fe de Jesús”*. Él enfatiza que se trata de una fe que encuentra su justicia en Jesús. Ese es el tipo de fe que necesitamos: una fe que busca la salvación completa en Jesús. Los que tienen esta fe ya no viven por la ley de las obras, sino por la fe que es *“de Jesús”*.

Por esta razón, el apóstol concluye en Romanos 3, versículo 27 con: *“¿Dónde, pues, está la jactancia?”* Y la respuesta es: *“Es excluida”*. Cuando Dios reconcilia a una persona consigo mismo de esta manera, no hay jactancia. *“Es excluida”*. Y, aun así, la fe se jacta, pero no en algo en sí mismo; se jacta en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

Cantemos juntos primero, del Salterio 187:3,4.

“A quien Dios ha puesto como propiciación por la fe en su sangre”. Esto toma lugar cuando se predica el evangelio. Entonces, Cristo es presentado públicamente. *“A quien Dios ha puesto”*, es decir, exhibido, *“como propiciación por la fe en su sangre”*.

Tal como Moisés levantó la serpiente de bronce sobre un estandarte, visible para todos, así Cristo es levantado en la predicación del evangelio como el único remedio contra el pecado, la condenación y la muerte. Tal como los israelitas mordidos solamente pudieron ser sanados por mirar a la serpiente de bronce, así solo hay vida para los pecadores culpables de muerte por una mirada al crucificado Jesús.

Y si usted dice: “Sí, pero, ¿qué de mis pecados?” O, “¿qué de la justicia de Dios? Ciertamente Dios no puede ignorar mis pecados. Ciertamente no los puede dejar impunes”. Entonces, el evangelio dice que la justicia de Dios ha sido satisfecha por Cristo. La justicia de Dios ya no es el enemigo de su salvación, como usted lo piensa. La justicia de Dios ahora exige que cualquiera que crea en el crucificado Jesús no perezca, sino que tenga vida eterna. El camino se ha hecho recto. La justicia de Dios ha sido vindicada. Dios ahora puede perdonar al culpable pecador mientras preserve Su justicia.

¿Qué entonces se interpone en el camino? Solo esto: ¡Usted no quiere rendirse! ¡No quiere renunciar a la lucha! ¡No quiere romper con la maldad del pecado! ¡No quiere arrodillarse tan humildemente como lo exige el Evangelio! Porque es su orgullo el que dice: “No quiero arrodillarme tan humildemente. No quiero ser salvo así. No quiero ponerme al lado del publicano o sentarme al lado del pecador”. ¡Pero, oh, le ruego! ¡Por favor, deje su dinero en casa! Renuncie a la lucha y arrodílese como un culpable al pie de la cruz de Gólgota. ¡Le resultará muy extraordinariamente provechoso!

Entonces el Espíritu Santo le mostrará que Dios puede mantener Su justicia en Cristo y, a la vez, perdonar a un pecador. ¿No es esa una maravilla asombrosa? Esa es la inescrutable riqueza y misterio del evangelio. Dios permanece como es, a saber, un Dios que odia y castiga el pecado. Pero también, Él puede y perdonará al pecador porque Su justicia ha sido satisfecha en Cristo.

El apóstol dice que Dios ha puesto a Cristo como una propiciación por el pecado. La sangre de Cristo es un propiciatorio. Pero al considerar esto, el apóstol no dice: “Manténgase lo más lejos posible de Dios”. No, ¡de lo contrario! Él dice: *“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”* (Hebreos 4:16).

Los sermones de La Epístola a los Romanos son difíciles. Sin embargo, Pablo escribió esta carta a personas que recientemente habían llegado a la fe en Cristo. Pablo quería que ellos recibieran un buen entendimiento del plan de la salvación de Dios para salvar a los pecadores a través de la muerte de Cristo. Así que esta carta a los romanos se trata de lo que ustedes, yo y todas las personas necesitamos, es decir, una justicia con la que podamos encontrar a Dios sin temor.

Muchos predicadores, y también oyentes, piensan que la asistencia a la iglesia consiste en tratarnos agradablemente unos a otros, asegurando que todos salgan de la iglesia con un buen sentimiento. Pero la iglesia es el lugar del ministerio de la expiación. En la iglesia, si es una buena iglesia, se abordan los asuntos más profundos de la vida. Se plantea la pregunta: “¿Cómo puedo yo, un pecador, encontrarme con un Dios justo?” Es por eso que Cristo es presentado en la predicación como un Salvador perfecto, dispuesto e idóneo para vosotros, y se os ruega: *“Reconciliaos con Dios”* (2 Corintios 5:20).

En la iglesia no solamente escuchamos sobre la felicidad. Escuchamos la verdad, a saber, que encontrarse con Dios fuera de Cristo será terrible. Y cuanto antes crea esto, mejor será para usted. Esto causará que usted valore el evangelio como es presentado en La Epístola a los Romanos. Lo llevará a la fe que es de Jesús, la fe que se aferra a Jesús.

Amén.

Último Salterio 216:3,4